

"...Parecían tan asustadizos como conejos, y estoy convencido de que ninguno llevaba un revólver encima. Y sin embargo, al recordar las palabras que oí, tengo la absoluta seguridad de que esta anarquía intelectual, de que esta filosofía de la revolución, es más peligrosa que las pistolas y que la nitroglicerina, pues lo que se ventila en ese local anarquista del East End son ideas."

PHILIP GIBBS (citado por R. Rocker).

## I EL MITO

Era por la época del clandestinismo, por los años setenta. No siempre se hacían las cosas como se debía, ciertamente, pero por lo menos uno tenía la satisfacción de saber que no era culpa suya: más o menos lo contrario de lo que sucede en nuestros días, en la fase de la transición hacia la democracia. Libertarios, ácratas, anti-autoritarios, autónomos y situacionistas, incurrieron en unas innegables deficiencias, se veían arrastrados a una actividad separada —la política profesional, el militantismo, una cierta jerarquización, la división entre dirigentes y ejecutantes, etc.— en nombre de la eficacia y de la seguridad ante el acoso de las fuerzas represivas.

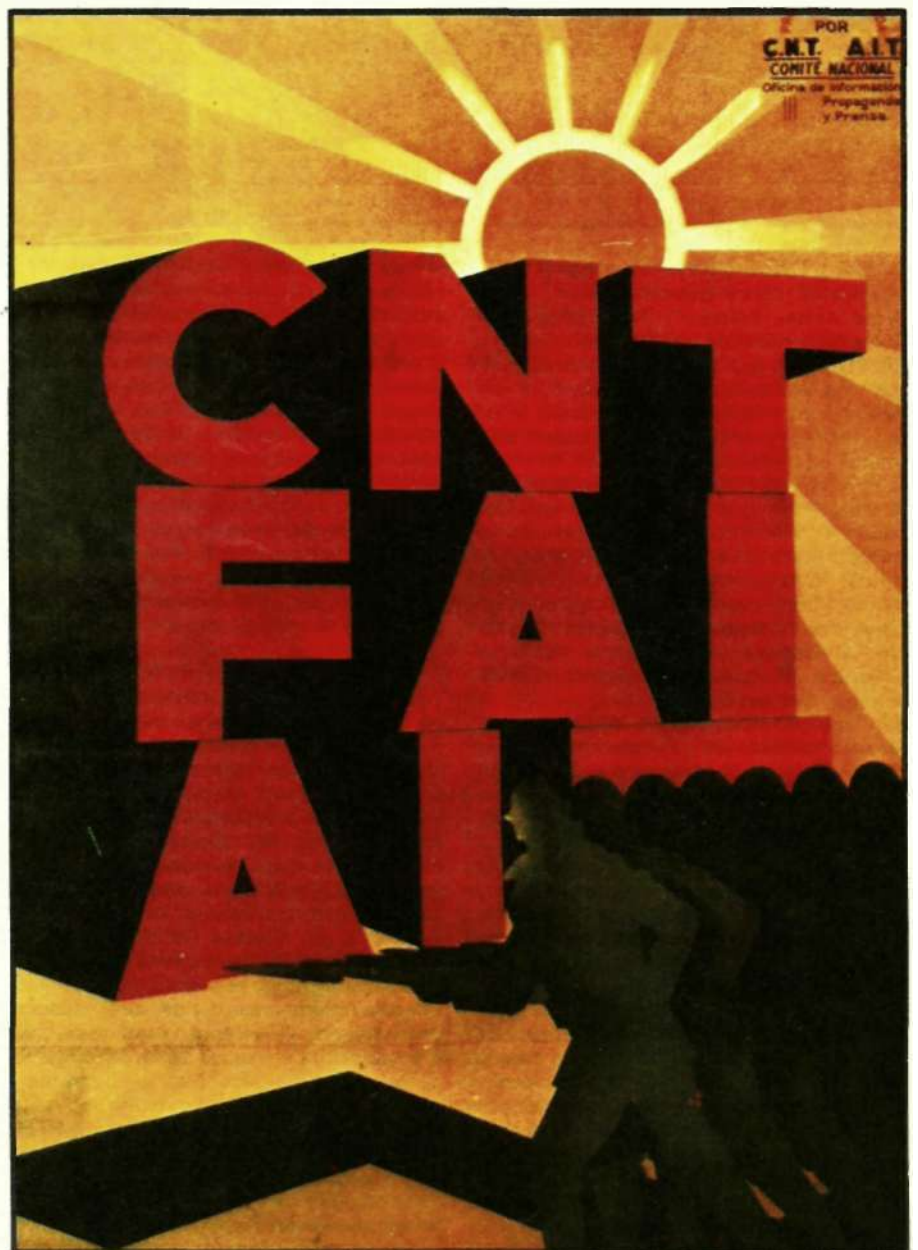
Era habitual recurrir una y otra vez al MITO anarco en su forma más primaria: la necesidad de la práctica de la violencia especializada de pequeños grupos activistas, el confundir eso con la realización de la revolución, el identificar el más trivial antifascismo y las más obvias medidas de seguridad con la larga marcha revolucionaria. La obligada compartimentación, la división del trabajo, el reparto de tareas, fomentaba esa especie de aureola confusionista y llevaba a entablar sin darse cuenta la lucha contra la alineación mediante formas alienadas. Pero la cosa tenía unos motivos, una justificación suficiente. Esta justificación hoy ha desaparecido por completo: la situación, el contexto ya no son los mismos. Hoy resulta demasiado elemental el dedicarse a negar —que no superar o suprimir— no sólo el Estado sino también la Política en bloque; rechazar no a tal o cual partido político sino a los partidos políticos en general —siglas, militantismo, líderes...— en tanto que futuras "élites" hacia el poder; combatir no sólo el sindicalismo reformista —o de "correa de transmisión"— sino también al mismo tiempo el llamado "sindicalismo revolucionario", al que veíamos como obstáculo evidente que interceptaba el paso del movimiento social real en toda su envergadura.

Tampoco elevábamos polémicas contra tal o cual ideología sino contra todas las ideologías. Y en nuestras publicaciones aparecían mezclados —recuerdo que se recibieron reproches en este sentido— textos "anarco-maoístas" de las Brigate Rosse, entonces la última novedad del "gadget" de ultra-izquierda, con fragmentos olvidados de la Saga de Quico Sabaté... Y fue tan reiterada insistencia en este mito —en identificar anarquismo, violencia y revolución— lo que lo convirtió en un lugar común, en un tópico. Del tópico al equívoco no había sino un paso.

No entraremos en detalles: desde los antiguos maquis pirenaicos de la postguerra hasta al cliché tercermundista del "foco"

# ANARQUISMO Y ACCION DIRECTA

SANTI SOLER





El anarquista Angiolillo acaba con la vida de Cánovas.

guerrillero castro-guevarista, o los textos y manifiestos sobre guerrilla urbana de la "Rote Armee Fraction" (R.A.F., habitualmente denominados "grupo Baader-Mein-hof") diciendo que ellos son marxistas pero que "los anarquistas han sido siempre los más feroces críticos del oportunismo, y así se acusa de 'anarquismo' a cualquiera que critique al oportunismo".

Es el mito —el elogio de los atentados a la dinamita— en que tarde o temprano han caído unos y otros, para su defensa o rechazo incondicionales, desde antiguos textos conspirativistas de la corriente anarco como cuando Kropotkin había de "revuelta permanente mediante la palabra, el escrito, el puñal, el fusil, la dinamita... Todo cuanto caiga dentro de la ilegalidad nos sirve..."

Hay que reconocer que a todos nos ha llamado el mito de la violencia, eso de confundir ingenuamente la revolución en tanto que movimiento social real con una especie de revolucionarismo conspirativista. Con el tiempo las posiciones se han apaciguado, pero el tópico o lugar común permanecía, derivando —no siempre por mala fe o para desencadenar "cazas de brujas" o "campanas anti-terroristas"— en algo más que un tópico, en un equívoco confusionista sumamente incómodo.

Reconozcamos, sin embargo, que el error se ha formentado desde las mismas filas anarquistas, con esa insistencia tan común entre la militancia, libertaria en eso de que salvo nosotros nadie es revolucionario de verdad, en el elogio desenfrenado de las barricadas, de la dinamita y de los cócteles molotov. Sí, es cierto que ocasionalmente Bakunin dijera aquello de que "No debemos ilustrar al pueblo sino conducirlo a la revuelta". Pero también dijo que todo

cuanto dijera Carlos Marx él lo daría por válido, dado su gran saber y su desinteresada dedicación al movimiento obrero, y luego por poco llegan a las manos...

O sea que vamos a tomámoslo con cierta filosofía porque si se descuida y en vez de elogiar a los seguidores de Marx frente a los proudhonianos —como decía— hubiera atacado a los primeros y elogiado el instinto del segundo —como terminaría por hacer— aún nos habría dejado más desorientados de lo que lo estamos. Centrémonos pues de una vez en la idea inicialmente apuntada, según la cual la filosofía de la revolución es más peligrosa que las pistolas y la nitroglicerina...

## II EL TOPICO

Vamos a insistir, para eliminar equívocos, en algunas banalidades de base. Empecemos por decir que el Anarquismo no es una ideología más, un dogma o ortodoxia fija y establecido de una vez por todas. Es difícil atacarlo como si lo fuera; es muy difícil salir en su defensa. Por supuesto, hemos tomado la palabra anarquismo sólo para que se nos entienda un poco: pero nos hacemos cargo de que para algunos es ya excesivo. es adoptar una etiqueta, un "ismo", caer en la dinámica de las ideologías y las militancias, hacer el juego al viejo mundo...

En este prurito es donde se reconoce precisamente al auténtico anarquista: en que adopta un pensamiento vivo y en pleno desarrollo, un pensamiento sin adjetivaciones que lo limiten; y, claro, el "ismo" de la palabra "anarquismo" está de más para él. Todo ello comporta sus consecuencias tanto en la defensa como en el ataque banal de la etiqueta "anarco". Vamos a desarrollarlo brevemente.

Existe un primer nivel de ataque banal. No

sólo el clásico *Los bakuninistas en acción* de Friedrich Engels, plagado de lamentables inexactitudes, hablando de la revolución en España y presentando la zona catalana de la península como sector retardatario, agrícola, rural, eslabón débil de la cadena. Un error que no deberían haber imitado sus seguidores sino al contrario subsanarlo al máximo de lo posible. En su libro *Los anarquistas*, motivo de consulta por tantas razones, el experto James Joll suelta de vez en cuando algunos juicios de valor.

Bastarán algunos ejemplos: "A menudo es difícil distinguir al verdadero militante anarquista, entregado por entero a la causa, del psicópata cuyos oscuros impulsos le mueven a tomarse un desquite particular de la sociedad con acciones de las que los anarquistas fueron los primeros en proporcionar ejemplos". O también: "(En Moscú) se añadió la acusación de que los anarquistas detenidos eran delincuentes comunes y que las actividades delictivas de bandas armadas de desvalijadores y ladrones contrarrevolucionarios las encubrían aireando la bandera negra de la anarquía..." La trivial confusión entre anarcos y bandideros.

Faltaríamos sin embargo a la objetividad criticando a Engels y a J. Joll, mientras dejamos de lado el libro "Primitiva Rebels" de E. J. Hobsbawm (Ed. Ariel), considerado por muchos como un clásico de las revueltas campesinas y punto privilegiado de observación de la floración —primitiva— de un pensamiento anarquista generalizado, fácilmente confundido con el "bandido generoso" legendario, ese super-tópico que no lleva obviamente a ninguna parte.

Y sin embargo, siguiendo con las filas



anarquistas, forzoso nos es reconocer que no hay un estilo "anarquista" sino infinidad del ellos. Lo cual nos abre una serie de interrogantes: 1) ¿Es el "anarquismo" una acción de masas o una actividad de pequeños grupos? 2) ¿Se desarrolla por un móvil fundamentalmente ético o de política revolucionaria? 3) ¿El tipo de "acción" que lo caracteriza es la "acción directa", la "propaganda por la acción", la "acción ejemplar", otra forma de activismo?

Esas tres preguntas, por supuesto, no son más que un principio de debate, de incógnitas que han quedado en el tejado: ¿Actividad anarquista minoritaria, actividad meramente sindicalista, o bien una práctica intermedia, es decir "anarcosindicalista" por así decirlo? ¿No es desorientador este empeño en privilegiar las motivaciones éticas? Y cuando se trata de identificar "anarquismo" y "acción violenta" ¿en qué clase de acción se está pensando? Tres preguntas sin aparaten respuesta.

Resulta poco fácil el conciliar esa imagen ácrata como sinónimo de terrorista, anarquismo como violencia desenfrenada, la anarquía como una especie de caos, y leer al mismo tiempo en Anselme Bellegarrigue ese lema que ha acabado por devenir clásico: "La anarquía es el Orden..." O bien la contundente y sincera afirmación de Enrico Malatesta: "Si, para vencer, hubiera que levantar horcas en las plazas públicas, preferiría ser derrotado..."

Que no es lo mismo un movimiento real que desarrolle las armas de la crítica (radical, por supuesto) que el querer desarrollar el movimiento real recurriendo a la crítica por las armas...

La acción directa, la acción ejemplar y la propaganda por la acción son tres cosas completamente divergentes. Como no tienen nada que ver las posiciones adoptadas por Emile Henry, la "bande à Bonnot" o el activismo de Ravachol. Como cuando Bakunin decía gratuitamente: "En Rusia, el bandolero es el único y verdadero revolucionario sin vana retórica ni charlatanería culta. La revolución popular nace de la fusión de la rebelión del bandolero con la del campesino, etc. etc."

En resumen, el tópico no era únicamente fomentado desde las filas hostiles al movimiento libertario sino también desde las mismas filas de dicho movimiento. Y más de un libertario se ha complacido en esa autoafirmación no sólo para demostrar unas fuerzas superiores a las reales, sino asimismo una autenticidad de planteamientos, una decisión y entereza que se echan a faltar con excesiva reiteración.

Pero el hecho en sí no sería grave si este TOPICO —presentado al lector con el mismo tono conspirativista que la práctica misma llevada a cabo por la tradicional "Alianza de la democracia socialista"— no hubiera conducido a un remolino sin fondo, añadiendo el equívoco al tópico. Cosa que nos apresuraremos en examinar...

### III EL EQUIVOCO

Recordemos ante todo las innumerables páginas que llegaron a escribirse a propósito de las tendencias nihilistas que Bakunin aprendiera de su alejada aunque prolongada amistad con Nechaiev. Independientemente de la mayor o menor verosimilitud de los

hechos, las críticas hacia la credibilidad que le otorgara en determinada fase de su azaroso itinerario son unánimes y coincidentes. El eslavo Nechaiev, que gustaba de imbuir a su amigo Bakunin un objetivo único, el de la "propaganda por la acción", ha sido repetidamente desautorizado.

Y sin embargo, no es el único EQUIVOCO con que uno se topa al recorrer las páginas de los clásicos del "anarquismo". Tenemos, sin ir más lejos, a Georges Sorel, el escritor francés autor de "Reflexiones sobre la violencia", el que en sus días propugnara la acción directa y la práctica del anarcosindicalismo, para acabar aproximándose a posiciones de nihilismo y violencia como las que en su día acabarían por propugnar desde las filas del fascismo, entre otras cosas por añadirse a ello una inconfundible postura propia del más radical nacionalismo.

Y tenemos asimismo, a la vuelta de la esquina, ese otro nihilismo que caracteriza a Nietzsche, cuando exclama: "Adoramos la lucha aún odiando la guerra; y no queremos paz, sino victoria..." Friedrich Nietzsche, el filósofo nihilista, inspirado en los textos del no menos notable Schopenhauer. Ha sido repetidamente catalogado como inspirador del nacional-socialismo de Hitler, pero también como punto de referencia inamovible de los dadaístas y surrealistas. Y también, por supuesto, de los letristas y situacionistas.

Claro que antes de Nietzsche hubiera sido forzoso referirse a Max Stirner, por ejemplo. Y al ver en Nietzsche un precedente de la poética surrealista, forzoso era recordar las repetidas referencias de poética surrealista, forzoso era recordar las repetidas referencias de poética negra en la obra de Bréton, así como en Isidore Ducasse, conde de Lautréamont. Pero nuestro objetivo no es el de buscar las huellas que se nos han anticipado en la retórica vana de la violencia. Tan sólo queremos esbozar la merecida autocrítica del equívoco que puebla las posturas de las filas libertarias hasta devenir ininteligible. Nechaiev, Sorel, Nietzsche... Tres nombres que nos han desviado de nuestros objetivos originarios. Son ellos quienes nos han hecho insistir en el error de proclamar al anarquismo como sinónimo de violencia, cuando en realidad de lo que se trataba era de sociedades secretas y de conspirativismo, de "terrorismo" en el significado que tenía este vocablo en la Rusia zarista; son ellos quienes nos han hecho levantar el pabellón reaccionario de Georges Sorel en nombre de la acción directa, la lucha de masas y la dialéctica de los puños y las pistolas; es tras ellos que nuestros detractores pueden permitirse el fácil recurso de hacer aparecer el fantasma de Hitler tras el nebuloso Nietzsche.

Resumiendo: el mito de la violencia revolucionaria ha pasado a ser un lugar común o tópico que podríamos permitirnos pasar de largo si no fuera portador de un equívoco del que es indispensable emprender la autocrítica. Ese equívoco tiene nombres propios: Nietzsche, Sorel, Nechaiev... Y no son, por supuesto, los últimos en reclamarse de la lucha de masas, la acción directa, el anarco-sindicalismo, la revolución violenta, etc.

En las filas cenetistas se incurre más de la cuenta en semejante error: es por ello que

hacia falta rectificar de una vez por todas. Sin embargo, no somos pacifistas. Reconocemos que la línea ácrata y libertaria —y sus variantes autónomas y anti-autoritarias— son incompatibles con las posturas pactistas. El lector comprenderá fácilmente que de no haber habido un equívoco de tamaña envergadura, jamás habríamos intentado aumentar el confusionismo haciéndolo más confuso todavía.

Por lo demás, hacemos nuestra la frase de Internacional Nexialista cuando dice: "Escupamos de paso al rostro de quienes condenan en el activismo práctico su parte de violencia, incapaces de comprender que no es tanto la violencia lo condenable sino su uso insuficiente y parcelado, incapaces de captar la poesía en acto de la revolución..."

Y una vez desterrados los equívocos, y el mito en que se inspiraban, sólo queda preguntarse quiénes son los terroristas, examinar la violencia institucionalizada, tema central en un debate como éste.

### VIOLENCIA, VALOR DE USO

Se habla de terroristas y contra-terroristas de manera harto trivial, y queda pendiente nuestro interrogante: ¿En realidad, quiénes son los terroristas? Habrá quien diga que no son terroristas esos satélites artificiales que el hombre ha mandado a la luna y a marte cargados de máquimas de muerte en nombre del equilibrio de fuerzas Este-Oeste. También se dijo que las bombas de Hiroshima y Nagasaki eran un simple equilibrio de fuerzas entre el Eje y los Aliados. Y sin embargo...

Aparte de esas valoraciones inspiradas por nuestros ecólogos, ya sólo nos queda identificar el terrorismo al Estado: "Por medio del terror y la violencia —nos dice Savater— sólo se puede imponer y conservar el tipo de sociedad estatal que conocemos, escindida en una racionalidad represora y una naturalidad destructiva y reprimida: la primera legisla, jerarquiza, controla, explota y produce, mientras que la segunda sufre en el trabajo, se frustra en el matrimonio, enloquece de anhelos sin medida y sueña con degollinas e incendios. Esta sociedad escindida nunca podrá prescindir de la guerra, cuyos dos bandos irreconciliables se desgarran perpetuamente en el corazón devastado de cada uno de sus aterrorizados y violentos ciudadanos."

También hemos leído por ahí, algunas frases similares: "Estamos, por supuesto, contra el terrorismo. Es por ello que estamos en contra del Estado, forma habitual de ejercicio del terrorismo en nuestra sociedad." Por lo menos en esto hay cierta coincidencia: El terrorista es el Estado, por lo visto, y todo el mundo le reconoce tal atribución.

Y, sin embargo, como dijimos antes, no hay un uso privilegiado o preferente de la violencia en la práctica revolucionaria. Si el movimiento real pone la violencia al orden del día es porque vivimos en una coyuntura revolucionaria. Pero si la ola de la contrarrevolución nos arrastrara, la práctica de la violencia de poco nos iba a ayudar. Por eso el tema "ANARQUISMO Y VIOLENCIA" se halla un poco fuera de contexto.



Como dijimos antes no hay una práctica anarquista de la violencia a oponer a las otras prácticas: existen muchas formas de practicar la violencia. Más o menos, lo hemos podido ver ya por encima: la violencia-mito, la violencia-tópico, la violencia-equívoco. Pero cada una de ellas puede encontrarse con que la vía revolucionaria le sea favorable o bien con que se encuentre a contra-corriente.

Me hago cargo de que se me va a reprochar esa especie de determinismo fatalista, acaso poco fiel a los credos anarquistas. Sin embargo, es irrefutable que antes de juzgar la violencia de los revolucionarios es preciso valorar esa violencia cotidiana que nos rodea. Es más, **"debemos arrasar por completo este decadente orden social que tan impotente y estéril se ha mostrado"**. Aunque resulte difícil...

Pero se ha abierto la "caza de brujas": **"Es necesario rogar a la ONU —leyó en sus comunicados la Sociedad Internacional de Profilaxia Criminal ahora hizo 6 años— que incluya el terrorismo entre los crímenes contra el Orden Público Universal, que condene toda idealización del terrorismo y del terrorista y toda explotación de esa idealización por los medios de información accesibles a la juventud..."**

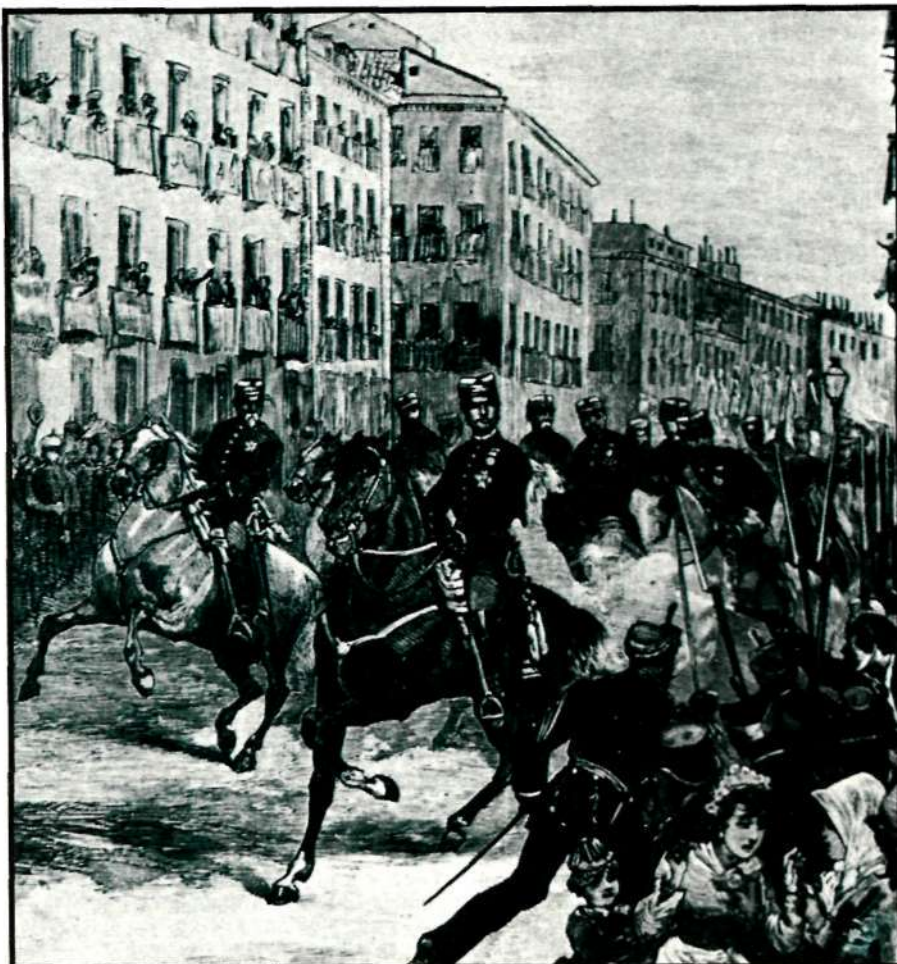
No obstante, todos estos "buenos" deseos, estas reflexiones sobre cómo atajar la violencia de raíz, no conducen a ninguna parte: en una sociedad capitalista, cosificada, alienada, enajenada, donde a cambio de un mísero salario se venden —y se compran— unas horas de trabajo, donde dicho salario es sólo un incentivo para comprar mercancías, donde tales mercancías sirven sólo para hacer girar los engranajes de las multinacionales, donde la política parlamentaria es únicamente un circuito diferente para ser manipulado, donde el urbanismo es una forma de asumir la miseria y ser policiado al mismo tiempo...

En tales condiciones el anarquista no tiene por qué manifestar cuáles son sus móviles éticos en pro y en contra de la violencia. También puede prescindir de explicar reiteradamente los lugares comunes, —desde el mito al confusionismo— que le suscita la práctica (y las teorías) de la violencia. Sólo debe procurar que quede claro, si es que lo consigue, eso de que hay una violencia reaccionaria y una violencia revolucionaria situada a sus antípodas.

Le basta con decir su concepción del Capital. Por ejemplo, el Capital es una relación entre personas mediatizada por cosas. Lo cual significa que para solventar esa dinámica a la que, en tanto que revolucionario se enfrenta, no le basta con cambiar el modo de producción si no cambia al mismo tiempo las relaciones productivas, si no logra —en definitiva— un sistema no presidido por el Capital.

En esto es preciso mostrarse "radical": y ser radical es tomar al hombre por la "raíz", convencido de que la raíz para el hombre es el hombre mismo. Queda, eso sí, esa violencia instintiva. Los textos que aquí ofrecemos como ilustración han llegado aquí ya a un punto irreversible ilustrando esos textos, dando la pincelada...

Y en fin, cerramos del mismo modo como habíamos empezado, evocando aquellos tiempos del clandestinismo con la ilusión de ese mito, de la violencia que, pese a todo,



**El anarquista Juan Oliva atenta contra Alfonso XII.**

arrastramos con nosotros; cerramos este equívoco, esta "normalidad", en el mismo tono que lo hemos empezado, eliminando confusionismos y borrando nombres a punto de devenir célebres. Revolución y anti-capitalismo no son dos cosas distintas sino dos frentes de una misma lucha: violencia y revolución —como violencia y anti-capitalismo— resultan difícilmente aislables, son lo mismo.

"Anarquismo y Violencia" es un título superfluo —lo hemos dicho antes— cuando se afirma que la anarquía es el orden, o bien cuando se dice que la única forma de impulsar la revolución es impulsar más a fondo la revolución. Sin embargo, debíamos al lector una explicación suficiente y necesaria: ¿porqué abordar esos temas conflictivos? Y hemos de cerrar el tema yendo a la raíz, a la miseria cotidiana, al terrorismo del Estado y sus aparatos, a los accidentes de trabajo, a la mercadería al trabajo asalariado, a las plusvalías y los beneficios de las ingentes multinacionales, a la alienación, a la cosificación...

Me temo, sin embargo, que este título incite al lector a imaginarse lo que no es: una desautorización del anarquismo, una desautorización de la violencia... Por ello, no está de más el hecho de que dediquemos ese título no a lo que es sino a lo que no es: era indispensable que dedicáramos una buena parte del artículo en plan, quizá, demasiado erudito: si os hablan de Nietzsche, si os hablan de Nechaiev, si os hablan de G. Sorel

(y un largo etcétera), sabed que no tenéis que hacer caso.

Si alguien que se diga libertario (o bien libertario de la tendencia equis) viene a hablaros de la violencia, de la dinamita, de la nitroglicerina, de la goma-2, de metralletas, de cocktels molotov, etc. seguid sin hacer el menor caso. Y si vienen a hablaros de grupos específicos, tres cuartos de lo mismo. La leyenda que arrastran mano a mano autónomos y libertarios ha resultado en exceso pesada. Pero no por ello vamos a tratar de sustituirlo por una carga menor.

Sí, había que advertir sobre tal y cual cita; sí, había que insistir —entre citas amontonadas a lo largo de este escrito— en que nuestras preferencias van hacia Errico Malatesta, admirado por el amigo Berneri y sus compañeros. Y casi sin fijarnos hemos soltado una frase de Malatesta que podría hacer feliz, no a quien la aplicara sino más bien a quien tuviera la grandeza de alma suficiente como para ponerla en práctica: **"Si, para vencer, hubiera que levantar horcas en las plazas públicas, preferiría ser derrotado..."**

Y ahora, evitad por lo menos los comentarios fáciles sobre lo que ha conquistado el hit parade radiotelevisivo: los teleradiarios de la violencia, las ramblas de la violencia, los piquetes, el terrorismo que acecha, el anarquismo que no des-cansa.

Tanta confusión reclama silencio.